

Prólogo

Miedo. Hace muchos siglos que se estudian los mecanismos que se esconden detrás de ese concepto para que, cuando se controle la situación, resulte tan agradablemente apetecible. Sin embargo, el miedo que destilan estas páginas es bien distinto. Porque es el reflejo de la mismísima locura, macerada durante décadas. Es un reflejo de la sinrazón más absoluta, de un descontrol de todo, pero nada bueno. Han pasado siete décadas desde que la temible hidra nacionalsocialista fue al fin decapitada, y aún hoy no somos capaces de entender qué llevó a un pueblo, por mucha desesperación que amasase, a sumergirse entre la lava de un infierno jamás visto hasta ese momento en la Historia. Es como si ese pueblo se hubiese visto imbuido por un estado alterado de conciencia a nivel colectivo, provocado por unos siniestros personajes que con sus gritos y gestos fueron guiándoles, uno a uno, hacia el borde de un precipicio a cuyos pies, a finales de la Segunda Guerra Mundial, se habían amontonado millones de cadáveres.

Es sin duda uno de los periodos más aterradores de la Historia. Quizás por eso, dejando a un lado los horrores de un régimen demoníaco, este periodo sigue «fascinando». Porque su puesta en escena estuvo cargada de símbolos; porque la magia, fuera real o mera pose, estuvo muy presente en todos los instantes importantes; porque esa locura a la que anteriormente me refería les hizo creer en los mitos y leyendas de un tiempo anterior y porque el miedo, esta vez sí, fue calculado con una precisión quirúrgica para desgarrar el alma de millones de inocentes.

Aseguraba unos años atrás alguien tan unido a la historia reciente de España como es Paul Preston que «*quien no conoce su historia está condenado a repetir sus errores*». Por eso yo, por mi parte, no me cansaré de indagar en los rincones más oscuros de la época a la que ahora vamos a viajar en nuestra particular máquina del tiempo que es el libro. Porque esa década maldita, de 1935 a 1945, jamás debería tener un eco en el futuro. Por mucho que, aunque parezca increíble, todavía haya quien se empeñe en rascar las bondades de un tiempo cargado de maldad y barbarie.

Mientras escribo estas líneas, en Alemania, un grupo de profesores/as de Educación Secundaria quieren que en las aulas sus alumnos lean el *Mein Kampf*. Lo hacen con una finalidad educativa, para que los jóvenes vean a qué lleva la locura; pero no son pocas las voces que se han alzado en contra diciendo que es un libro que nunca debería salir a la luz, ya que incita al odio. No me extrañan las quejas. El autor de ese libro tan polémico lleva ya 70 años en el infierno, pero la barbarie y el terror que consiguió desatar en el siglo pasado todavía anida en los corazones de millones de inocentes. Familias enteras fueron destruidas, sin saber por qué.

El siglo XX fue uno de los más importantes en la Historia. Se evolucionó a pasos agigantados en muchos campos: el científico, el tecnológico, o en lo referente a los derechos humanos. Pero ocurre que, frente a la luz, siempre se encuentra la amenaza de la sombra. Y en este caso, el periodo de sombras se prolongó mucho más de lo deseado. Alemania salió de la Gran Guerra destrozada, humillada, asumiendo los altos costes que le impusieron los ganadores. Y eso hizo que a lo largo de apenas dos décadas se amasara la rabia en la tahona del fanatismo. Fenómenos como el ascenso de los nazis al poder, y el terror que desencadenaron después, solo son explicables si atendemos a esa rabia macerada que nos consume

el alma, al odio acumulado de décadas, a generaciones que crecieron con la venganza como objetivo. Si se cree en un Dios, se debe creer en un Diablo. Y éste, al menos durante un tiempo, se vistió de militar y anduvo con paso marcial, marcando el paso de las creencias como parte de un plan que tenía como fin el dominio del mundo. No entraré en asuntos ya plenamente tratados, porque la ideología del régimen nazi tiene tantos recovecos, es a veces tan esperpéntica, que resulta increíble pensar que millones de personas se colgaran de ese perchero gritón y con malas pulgas que era Adolf Hitler; «comprando» cualquier idea, por indigesta que fuera, salvo que, como se ha dicho antes, fueran víctimas de los tejamañes de un hombre capaz de provocar estados alterados de conciencia solo con la fuerza de la palabra.

En cambio, sí entraremos de lleno en las claves que sirvieron para cimentar su credo. Porque como ya hemos visto, el esoterismo fue crucial en toda esta historia: las profecías que anunciaban la llegada del Reich de los Mil Años, los oráculos que hablaban de la victoria final, la llegada de una especie de avatar que cambiaría para siempre los designios de un pueblo castigado por el enemigo... Todo ello fue muy bien condimentado, manipulado por personajes siniestros que se movían en esas sombras como los sapos en el lodo; los maestros ocultistas que dieron al mensaje la pátina de grandeza, de oscuro misticismo, de orígenes superlativos que Hitler vendió, y también se creyó. Después, cuando fue consciente de que hacía falta algo más para mantener la idea, se lanzó a la búsqueda de objetos sagrados revestidos con el poder de Dios. Pero Dios, en este caso al menos, decidió mirar para otro lado, para no apoyar tanta barbarie. Sí; o tal vez para no ver que, en el lado contrario, los cadáveres se apilaban a millones...

I

¿Qué es el Ocultismo Nazi?

Bienvenido, lector. Considero fundamental que antes de que empecemos a hablar sobre las figuras y las creencias que adornan el ocultismo en el Tercer Reich, es importante saber qué entendemos por ocultismo, y más concretamente, por el ocultismo que desarrollaron los nazis.

En términos generales, la expresión «ocultismo nazi» se refiere al conjunto de prácticas y creencias religiosas sostenidas por los nazis. Sin embargo, en un sentido más estricto, es también usada para referirse a la influencia directa que tuvieron diversas corrientes ocultistas en el desarrollo del nazismo o, en todo caso, a las creencias y a los intereses espirituales de los líderes nazis. Se sabe que altos mandos nazis como Heinrich Himmler, Richard Walther Darré o Alfred Rosenberg tenían un gran interés en el ocultismo. Por otra parte, las opiniones religiosas de Adolf Hitler han sido objeto de un exhaustivo análisis y debate. Lo que sí es cierto es que el *Führer* era aficionado a la astrología, la mitología, el yoga y los escritos de mística medievales. Vamos a comentar las creencias fundamentales del ocultismo nazi a grandes rasgos, pues ya tendremos tiempo de analizarlas detalladamente.

«Si usted cree que el nacionalsocialismo se reduce solo a una ideología política, ¡es que no ha entendido nada!».

Eso es lo que le dijo Adolf Hitler a Herman Rausching en una ocasión, siendo éste alcalde de Danzig. Y en efecto, el nacionalsocialismo de Hitler no era solamente una ideología política. Era un complejo sistema de creencias que bebía de una gran cantidad de fuentes místicas y mitológicas. Los líderes nazis consideraban que los relatos legendarios y simbólicos de la mitología del mundo eran en realidad crónicas históricas, y les daban tal validez. Hasta tal punto que muchas veces contrataron los servicios de expertos en la materia, de apasionados del mundo del relato simbólico. La cúpula del nazismo estaba muy interesada en rescatar las leyendas y tradiciones del antiguo paganismo germano en sustitución del cristianismo, al que consideraban una religión débil y corrupta. Pretendían desarrollar un sistema de creencias que sustituyese al existente en Europa, con una amalgama de las tradiciones antiguas que resultaban de mucho interés para los líderes del nazismo. Este interés por el ocultismo, que ciertos autores niegan que existiera, resulta evidente en algunos aspectos. Por ejemplo, por extraño que nos resulte, buscaban la correcta preservación del antiguo paganismo germano al mismo tiempo que emprendían la búsqueda de los orígenes de la raza aria. Negar a estas alturas que Hitler y sus allegados se sentían una especie de profetas que debían salvar a Alemania de una época de derrota sería negar la evidencia.

Debes tener claro, lector, que el nacionalsocialismo alemán del siglo XX es una ideología que contiene aspectos esotéricos muy profundos. Algunos estudiosos afirman que el interés de Hitler y otros altos cargos por el paganismo y lo oculto era mucho más fuerte entre bambalinas. Por ejemplo, las SS, las tristemente famosas *Schutzstaffel*, son en su totalidad un *revival* pagano. En las páginas que siguen voy a exponer todas las pruebas que demuestran que los líderes del nazismo desarrollaron un interés por el esoterismo que dio como resultado una época de auténtica y salvaje locura.

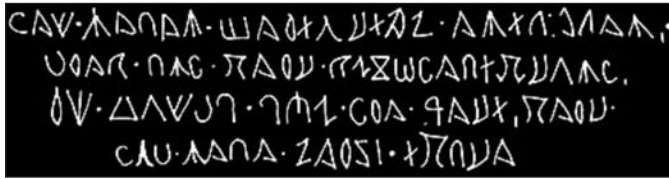


Una variación de la cruz celta se convirtió en símbolo del nazismo



Este emblema suele estar vinculado con el esoterismo nazi y con organizaciones (como una supuesta orden llamada Sol Negro) en el seno de la Sociedad Thule y las SS, además de con la *Tempelhofgesellschaft* o Sociedad del Templo, establecida en Viena. La inscripción del borde parece estar en el antiguo alfabeto templario, de influencias griegas y rúnicas. Los dos signos del centro son runas Ehe (Runas armanen¹), que representarían el Matrimonio Sagrado. Supuestamente, esta enseña es ilegal hoy en día en Alemania bajo la ley federal.

¹ Las runas armanen o *futhark armanen* son un conjunto de 18 runas ideadas como oráculos en 1902 por el ocultista y místico regeneracionista del paganismo germánico Guido von List; publicadas junto con sus teorías adivinatorias en su obra de 1908 titulada *El secreto de las runas*, lectura obligatoria de los altos cargos del régimen nazi.



Inscripción del emblema de la página anterior. En alfabeto templario, el texto reza: «*Dem neuen Zeitalter entgegen, Sieg und Heil Großdeutschland, im Kampf für die Welt, Heil das neue Reich Thule*», que significa: «Contra la Nueva Era, Sieg y Heil a la Gran Alemania en la lucha por el mundo, Heil al nuevo Reich Thule».

Por extraño que nos resulte, una vez en el poder el Partido Nazi prohibió todos los grupos esotéricos y organizaciones, prohibiendo la masonería y enviando a un nutrido número de masones a campos de concentración. Persiguió a grupos neopaganos germánicos que se negaron a jurar lealtad al nazismo en sus ritos religiosos, y también prohibió muchas organizaciones místicas. Curiosamente, el nazismo respetó al budismo –había una colonia de monjes budistas en Alemania– e incluso permitió la realización del primer congreso budista europeo en 1933. Se cree que esto fue por el interés que despertaba el budismo entre los nazis, especialmente el tibetano. Aunque hay otros expertos que dicen que fue más por puras cuestiones políticas: no querían perjudicar las relaciones con Japón, su aliado budista.

En lo que respecta a la religión en el Reich, ésta se veía como una fuerza que podía contribuir a repeler el «marxismo ateo». En algunas opiniones religiosas de Hitler expresadas en su libro *Mein Kampf*, se ve que pretendió ganarse la simpatía del pueblo religioso alemán al decir que los religiosos son «*los más importantes factores del mantenimiento de nuestro carácter nacional*». No obstante, trató de colocar las iglesias al servicio de su ideología nacionalista, que como es evidente era totalmente opuesta al mensaje cristiano. Hitler decía

que «*el pueblo alemán no es heredero del pecado original, sino noble por naturaleza*». Esta ideología contenía, en sus rasgos esenciales, una religión en competencia con el cristianismo que iba, según las palabras de la ideóloga nazi Mathilde Ludendorff, «*en pro de un conocimiento alemán de Dios acorde con la raza*». En otras palabras, una religión para los arios. Una religión que buscaba eliminar al cristianismo basándose en los ideales de un pasado heroico. Y pagano.

Los conceptos clave del esoterismo/ocultismo nazi incluyen el conocimiento sobre los orígenes de la raza aria y su «pureza» ligada a los teutónicos o a las tribus germanas, y la superioridad de los arios por encima de todas las razas. En el misticismo nazi se consideran muy importantes lugares como Thule, la Atlántida, Hiperbórea, Shambhala, Agartha y la estrella de Aldebarán, los cuales se consideran los hogares originales de la raza aria y del superhombre. Otra creencia habla sobre la raza maestra (*Herrenrasse*), la cual fue corrompida y debilitada por la mezcla con otras razas que consideraban inferiores. Otras prácticas que atraían también el interés de los nazis eran el espiritismo, el mesmerismo-magnetismo², el significado y estudio de las runas o la astrología. Trataremos muchos de estos temas a lo largo de los diferentes capítulos, porque todo está relacionado.

² El mesmerismo (en francés *mesmérisme*), también conocido como la doctrina del «magnetismo animal», se refiere a un supuesto medio etéreo postulado como agente terapéutico por primera vez en el mundo occidental por el médico alemán Franz Mesmer (1733-1815). Este hombre es considerado el padre de la hipnosis moderna. En esencia, el propósito del mesmerismo es la curación de enfermedades a través de la sugestión, partiendo de la tesis de que cada persona puede curarse a sí misma haciendo uso del magnetismo, puesto que se entendía la enfermedad como un obstáculo en el natural flujo de corriente eléctrica del cuerpo humano. Sería una manera de sentir la «energía del universo» y hacerse uno con ella, vinculado con las doctrinas de los animales totémicos.